HISTORIA DEL RASTRO. II

LA FORJA DE UN SÍMBOLO DE MADRID, 1905-1936

José A. Nieto Sánchez

VISION NET

JOSÉ A. NIETO SÁNCHEZ

HISTORIA DEL RASTRO. II. LA FORJA DE UN SÍMBOLO DE MADRID, 1905-1936

VISION NET

© HISTORIA DEL RASTRO.
II. LA FORJA DE UN SÍMBOLO DE MADRID, 1905-1936
© JOSÉ A. NIETO SÁNCHEZ
© EDITORIAL VISION NET
Avenida de Asturias S/N. Impares local 5
Semiesquina a Plaza Castilla 3
28029 Madrid (España)
Tel: 0034 91 3117696
url:www.visionlibros.com
Registro Propiedad Intelectual:

ISBN: 978-84-9886-640-7
Descargado de: www.visionlibros.com

Diseño base cubierta: © Marián González
reflejandoelazul@visionnet.es

Maquetado: © Magda C. Vargas Del Valle
magdac_vargas@visionnet.es

Producido por Grupo Corporativo Visionnet
Cuatro Amigos 5. Posterior. 28029 Madrid (España)

Impreso en España.

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser transmitida por un sistema de recuperación de información, de ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético o por fotocopia, o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Para Jorge Camino,
por esa inolvidable noche,
de hace ya tanto tiempo,
en la que me convenciste de la necesidad de escribir esta
Historia del Rastro.

Y para Carlos,
por su fiel y entrañable compañía a lo largo de tantas
mañanas de domingo.

Índice

Introducción 11

1. UN PASEO POR EL RASTRO DE 1905 . . . 23
La entrada al Rastro por la calle de la Ruda 25
La plazuela del Rastro 26
La Ribera de Curtidores 27
Las Grandiosas Américas 31
Cruzando la Ronda 32
Más allá de la Ronda: las Nuevas Américas 33
Las Primitivas Américas 35
El final de la visita: vuelta a la plaza del Rastro . . 37

2. EL COMERCIO EN MADRID ENTRE 1905 Y 1939 39
Transformaciones y permanencias del Rastro 40
La venta ambulante 46
El peso de la tradición en el comercio madrileño . 52
Madrid, centro de venta 56

3. LOS PROTAGONISTAS DEL RASTRO: VENDEDORES Y COMPRADORES 63
Los vendedores sedentarios de la Ribera de Curtidores 64
Curtidores, zapateros, talabarteros y tantos otros 65
Prenderos 68
Vendedores de muebles usados 69
Traperos 70
Cerrajeros y almacenistas de hierros 72
Vendedores de camas, puertas y ventanas 74
Los puestos fijos 75
Los vendedores ambulantes 80
La clientela del Rastro 85

4. LA FORJA DEL SÍMBOLO 91
Asentamiento y eclosión de Las Américas 92
Grandiosas Américas 94
Las Américas Bajas o la historia de un hombre en busca de un mercado 102
Las Primitivas Américas o El Bazar de la Casiana . . . 112

5. LOS ARTÍFICES DEL SÍMBOLO: PERSONAJES MÍTICOS DEL RASTRO 121
Del cuero a la camarilla de un primer ministro: la precursora saga cantalesa de los Lasalle 121
Una familia de larga y fiel trayectoria: los Deltell 124
De soguilla a descifrador de códices: Pedro Vindel Álvarez 126
De ambulante a escritor pasando por actor de cine: Andrés Carranque de Ríos 132

6. EL BARRIO DEL RASTRO 137
Sus habitantes 138
En busca de trabajo 143
Los oficios del Rastro 146
Condiciones de vida: vivienda y subsistencias 157

7. ASOCIACIÓN, "PÁNICOS MORALES" Y CONFLICTIVIDAD SOCIAL 163
La unidad de los vendedores ambulantes 163
Pánicos burgueses, venta ambulante y "bajos fondos" 165
Ideología popular y acción colectiva 171
Los motines del pan 174
Primo de Rivera impone las reglas 181
La República y los nuevos intentos de acabar con el Rastro 186

Introducción

"El mundo me anonadó en plena adolescencia desde el fondo del Rastro", Ramón Gómez de la Serna, Prólogo a la segunda edición de **El Rastro**, p. 408.

"Desde la plaza de Cascorro hasta el Mundo Nuevo hay una cuesta muy empinada que se llama la Ribera de Curtidores. (…) En las aceras de la calle se ponen los vendedores de cosas viejas, y allí se encuentra todo menos lo que se busca.

Todas las cosas viejas que se desechan de las casas, allí se venden. Hay ropas usadas de hace cincuenta años, faldas con su miriñaque de mimbre, ya podrido, dentro. Uniformes de la época de Fernando VII, muebles, cuadros, alfombras, tapices, instrumentos de música abollados, cacharros de todas las clases, estuches de cirugía roñosos, bicicletas viejas con las ruedas torcidas, relojes absurdos, verjas de hierro, lápidas de sepulturas con el nombre carcomido, coches viejos con las ruedas rotas o un agujero en el techo por el que cae el sol sobre el resto de terciopelo del asiento, gatos, perros y loros disecados, saliéndoseles las tripas de paja; anteojos de larga vista de un metro de largo que se cierran como un acordeón, brújulas de barco, armas de Filipinas, decoraciones y cruces viejas del pecho de algún general, libros, papeles, tinteros de cristal gordo o de barro vidriado. Hierro viejo, mucho, mucho hierro viejo: barras retorcidas que nadie sabrá decir qué fueron, aros, tubos, piezas de máquinas pesadas, ruedas dentadas descomunales, que dan escalofrío de pensar en la mano triturada por sus dientes; yunques con la nariz rota, rollos de alambre llenos de ocre de la roña; herramientas: limas desgastadas con los dientes embotados de lima-

duras, martillos de formas inverosímiles, tenazas de labios carcomidos, alicates con la pata rota, escoplos desbocados, cinceles, taladros, barrenas, escuadras. Hay alimentos: chorizos cubiertos de moho, galletas apolilladas, tocino vivo, quesos acartonados, dulces que lloran goterones de miel como pus, gallinejas que se fríen en sartenes de sebo, churros resecos, chocolates torcidos ablandados por el calor, mariscos, cangrejos de río pataleando cieno, bollos barnizados, manzanas bañadas en caramelo rojo, como sangre viva. Centenares de puestos. Millares de personas a ver y a comprar. Madrid entero se pasea en el Rastro los domingos por la mañana". Arturo Barea, **La Forja**, pp. 177-178.

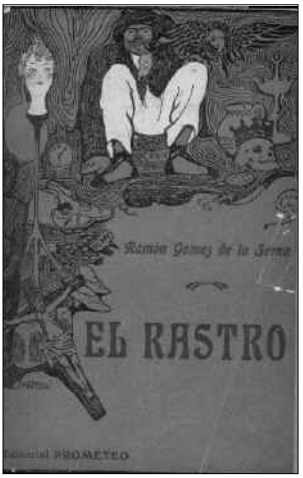
La Ribera de Curtidores hacia 1920.

Hace tres años comencé la primera parte de la *Historia del Rastro* con una cita de Mesonero Romanos. Hoy lo hago acompañado de Ramón Gómez de la Serna

–"Ramón"- y Arturo Barea. Es difícil comparar a estos tres autores, pero no me cabe ninguna duda de que "Ramón" y Barea tenían más cariño a los habitantes del barrio que el que fuera cronista de Madrid. El primero sentía el Rastro porque lo conocía bien –en alguna ocasión se declaró "su explorador"- y, sobre todo, porque su obra titulada con el nombre de nuestro mercado significó su consagración definitiva como literato. Podemos añadir que "Ramón" se dejó atrapar de tal modo por el Rastro, que los objetos que compraba allí formaban parte de su vida. Sus diferentes casas eran un Rastro en miniatura donde se acumulaban, a guisa de museo, todas las adquisiciones de este coleccionista sin par que fue "Ramón"[1].

Ramón Gómez de la Serna, "Ramón".

[1] En su torreón de la calle Velázquez 20 "Ramón" acumuló buena parte de los objetos comprados en el Rastro.



Portada de la primera edición de El Rastro.

La querencia de Arturo Barea por el Rastro es de otro tipo. Sentía apego por el barrio porque su madre era una de tantas lavanderas de Lavapiés y dos de sus tíos habían trabajado en el Rastro. Uno como carbonero en el Campillo del Mundo Nuevo; el otro como carpintero de carros en un taller de la Ronda de Toledo. El mismo Barea había estudiado en las Escuelas Pías de San Fernando y se había pateado todos los rincones del barrio jugando a las pedreas con los golfillos del Mundo Nuevo. Entre sus aficiones infantiles estaba bajar al Rastro para comprar piezas de latón con las que construía máquinas de su invención. Entre sus secretos confesables: "nunca he podido resistir la tentación de los puestos de cosas viejas (…). Entre tanta porquería me siento feliz", declaraba nuestro *cicerone* en *La Forja,* su novela más conocida[2].

[2] Arturo Barea, **La Forja**, pp. 178-179.

Arturo Barea.

En *El Rastro* y *La Forja*, "Ramón" y Arturo Barea nos introducen en el devenir de los madrileños de los barrios populares. A través de sus páginas vemos que su vida y, sobre todo, su economía, giraban en torno a procedimientos informales, muchos de ellos en los márgenes de la legalidad. Los niños y adolescentes aprovechaban los viáticos para guardar las velas y venderlas luego a los cereros; robaban la ropa de los lavaderos y la madera de las vallas de los solares para venderlas a los bizcocheros, que la aprovechaban para encender sus hornos. Los gallegos que porteaban la fruta en el mercado de la Cebada hacían montones de colillas a las que quitaban el papel para dejar solo el tabaco, que después vendían. Los domingos eran una buena ocasión para sacarse unos cuartos en la estación de las Pulgas, allí donde se unían los trenes de la estación del Norte con los que partían de la del Mediodía. Los chicos y las mujeres del Rastro y barrios aledaños acudían a los depósitos de las locomotoras y rebuscaban los trozos de carbón que no habían

ardido[3]. En definitiva, las obras de "Ramón" y Arturo Barea muestran cómo la existencia de las gentes del Rastro en esta época (1905-1936) seguía siendo la dura lucha por la vida.

Este libro narra las vicisitudes de los habitantes del Rastro. Es un retrato de esa muchedumbre solitaria que en el primer tercio del siglo XX estuvo obligada a saciar el hambre de cualquier manera, enfrentándose a las trabas que el capitalismo en expansión le imponía a cada paso. Uno de sus protagonistas lo expresó perfectamente al intentar conocer "cómo viven los que no pueden vivir"[4]. Eran muchos los que por la mañana deambulaban por las calles en busca de un mendrugo de pan o unos céntimos; al caer la noche los más afortunados dormían en pequeños cuartos o en casas de huéspedes; los más castigados por la vida, bajo los puentes del Manzanares o en los bancos de la plaza del Progreso.

Es la de todos una historia triste; pero es que la historia de los humildes de Madrid no tuvo los tonos intencionadamente edulcorados con que la dotaron Carlos Arniches y otros autores del llamado casticismo decimonónico. Por el contrario, las historias de los madrileños de a pie estuvieron trufadas de necesidades insatisfechas que solo pudieron ser paliadas parcialmente con las continuas visitas a las casas de empeño, los pequeños préstamos, las largas listas de deudas en las tiendas, los retrasos en la paga del mes al casero, la venta a precios de saldo de sus pocas pertenencias, o un heterogéneo conjunto de ilegalidades populares (robos, hurtos, sisas...); también con la solidaridad vecinal o el recurso a la venta

[3] Todos estos ejemplos en A. Barea, **La Forja**, pp. 19, 25, 110 y 114.

[4] La cita es de A. Carranque de Ríos, **Cinematógrafo**, p. 212.

ambulante. Esta última fue una ayuda –y de qué manera- pergeñada a través de la busca de productos de desecho, la compra de herencias, las adquisiciones de productos saldados.....

Míseros, pero dignos. Porque esa muchedumbre que arrastró su supervivencia diaria como una pesada "suma de contrariedades", blandió con orgullo insolente su más preciado trofeo: la dignidad personal. A los que se decidieron por buscarse la vida en la distribución de objetos diversos, la venta les proporcionó esa independencia de la que pudieron presumir. No tuvieron otro remedio que aguantar la explotación, pero los *trapicheos* en la Ribera de Curtidores permitieron a nuestros protagonistas no darse por vencidos, no venderse. Aunque sólo pudieran alardear de este logro, los habitantes de este barrio demostrarán a lo largo de las siguientes páginas que valía la pena luchar por el preciado objetivo de la libertad.

Pocos barrios de Madrid podían presumir de unos signos de identidad tan marcados. Por encima de todo, el carácter de sus gentes. Más allá del tópico, los habitantes del Rastro -y en general de la zona sur de la ciudad- tenían algo especial. Sabían que su vida era dura, pero plantaban cara a la fea realidad que les rodeaba. Es sencillamente admirable observar como las gentes del Rastro, Embajadores o Lavapiés resistieron los embates del hambre y la miseria, así como los estigmas que las elites sociales endosaron a las clases populares y sus instituciones más representativas, como el mercado del Rastro. Por ello, durante años ese mercado convivió con sus tachas de zoco reservado a las gentes de los "barrios bajos" –lo que era sinónimo de bajos fondos-, expresión de un mundo peligroso, soez, sucio, encerrado en sí mismo, impenetrable para los profanos. Muchos pueden creer que esto ha rodeado al barrio y su mercado de una "exagerada aureola de miseria y sentimentalismo", pero yo

prefiero hablar de vida difícil, resistencia y lucha por la supervivencia[5].

El Rastro que aflora en las primeras tres décadas del siglo XX presenta unos rasgos diferenciales con respecto a los períodos anterior y posterior. No en vano, he podido hablar durante estos años de la forja del Rastro como uno de los símbolos de Madrid. Este símbolo vino de la mano de los bazares –el aprovechamiento de varios de los corrales y tenerías del barrio en favor de la venta de objetos usados- y de la importancia que el mercado en sí comenzó a tener como argumento narrativo para muchos artistas: escritores, pintores o cineastas. En esta línea, me he permitido la licencia de incorporar al título del libro un préstamo de la célebre obra de Arturo Barea *La Forja*, porque el que fuera uno de los primeros en describir literariamente el mercado –ya hemos dicho que era hijo del barrio- condensó en su novela buena parte de la realidad de los llamados barrios bajos.

Tres precisiones técnicas antes de acabar este prólogo. La primera tiene que ver con la cronología. El arranque del libro viene justificado no sólo por el final del primer volumen de la *Historia del Rastro*, sino también por varios hechos fundamentales en la evolución del barrio y el mercado. En 1905 confluyeron la ley del descanso dominical, la desaparición del Tapón del Rastro y la publicación de *La Horda* de Blasco Ibáñez (con la primera descripción precisa del mercado). El cierre de este volumen

[5] Lo de "exagerada aureola de miseria y sentimentalismo que siempre le ha acompañado" procede de M. L. Campos Romero, "Estudio Geográfico del Rastro madrileño", **Geographica**, **Instituto de Geografía Aplicada del Patronato "Alonso de Herrera", CSIC**, 1974, nº 1-4, p. 151, autora que ha realizado uno de los más importantes trabajos sobre el mercado.

requiere pocas explicaciones: la guerra civil marcará un antes y un después definitivo para la historia española y, por supuesto, también para el Rastro. El mercado tiene una dinámica distinta desde 1936, que justifica por sí misma un volumen independiente.

La segunda precisión tiene que ver con la estructura del libro. En él se narra la historia general de nuestro mercado en el marco de la dinámica comercial de Madrid y la del propio barrio donde se enclava. En el primer capítulo introduzco al lector en el Rastro de la mano de Feli e Isidro Maltrana, los protagonistas de *La Horda* de Blasco Ibáñez, para dar a conocer el Rastro en sus aspectos físicos, pero también experimentar las sensaciones de un viaje iniciático. Conociendo el mercado en sus varias vertientes, creo que el lector estará en mejores condiciones de reconocer el papel del Rastro en la dinámica general del comercio de Madrid. Ese es el objetivo del segundo capítulo, mientras que en el siguiente analizo los principales rasgos de los vendedores y compradores, los verdaderos artífices del tipo especial de venta y relaciones comerciales que imperan en nuestro mercado. En el capítulo cuarto trato la eclosión de los bazares, el mejor exponente, junto a la difusión del mercado por parte de cierta parte de la intelectualidad, del símbolo de Madrid en que acabó por convertirse el Rastro en aquellos años. Una mención especial merecen en el quinto capítulo ciertos protagonistas del mercado que le dieron realce y colaboraron en la gestación de su carácter simbólico. En el sexto muestro el ambiente del barrio en el que vivían los vendedores y me detengo en las condiciones laborales y vitales de sus habitantes. Finalmente, abordo un análisis de la estigmatización del barrio y la venta ambulante por parte de las elites dirigentes; algo que, sin embargo, no tuvo una plasmación real en la vida de los madrileños de a pie, que siguieron fieles a un mercado distinguido en

esta época por abanderar la lucha por la dignidad de los más desfavorecidos de la ciudad.

La tercera y última precisión tiene que ver con las fuentes documentales utilizadas para elaborar este libro. La heterogeneidad es un rasgo distintivo del Rastro que se trasluce igualmente en los documentos generados por él. Los más importantes se encuentran en el Archivo de la Villa de Madrid, aunque sorprendentemente en menor cuantía que para el período anterior. La incuria de los diferentes archiveros de principios del siglo XX no sólo llevó a no conservar la documentación relativa a la venta ambulante sino también a que mucha de la que se conservó desapareciese con posterioridad. En estas condiciones, la consulta de los inventarios del citado archivo se convierte en un auténtico brindis al sol, pues lo que se intuye debió de ser una rica y valiosa documentación, se desdibuja al comprobar que mucho de lo que se solicita no puede ser consultado por haber desaparecido. Esta investigación ha encontrado dificultades diferentes en otros centros de referencia. El Archivo Histórico de Protocolos Notariales no ha sido consultado en esta ocasión, pues la documentación que se custodia se acaba justamente en 1907 (la ley solo permite la consulta de los documentos protocolizados un siglo antes). Desistí de consultar la documentación del Registro Mercantil de Madrid al obligarme a tener que solicitar una autorización especial, cuando años atrás era un archivo que se suponía de naturaleza pública. Con todo, el Rastro ha dejado muchas pistas de su existencia. Y lo que se pierde por el lado de la documentación oficial, se gana por el de otros papeles menos convencionales, como la literatura, la prensa, los anuncios publicitarios, la fotografía, los anuarios y guías, los cuadros y otras obras de arte.... Vaya lo uno por lo otro.

En un prólogo a *La Busca* de Pío Baroja realizado por su sobrino Caro, éste escribió que la novela "fue leída

por las gentes del Rastro y Las Américas, que se reconocieron en ella". No pretendo aquí comparar mi obra con la de don Pío, pero sí me gustaría despertar el interés de las gentes que hacen hoy el Rastro por la historia del mercado que más carácter ha impreso a la ciudad de Madrid.